

Recordar, compartir, aprender

## Valencia

Carmen Martínez Pinza, 68 años

Lorena Martínez Caballero, 21 años

### MIL HISTORIAS QUE CONTAR

Ahora que me siento a escribir sobre Carmen, me vienen a la cabeza mil ideas que me gustaría contar, pero no sé cuáles escoger, cuáles desechar, cuáles pueden resultar más interesantes, cuáles menos...

No sé si comenzar a hablar de su infancia, que en definitiva es de lo primero que ella me habló. Aunque ahora no lo recuerda con tanto dolor, Carmen me dice que fue una niña triste que veía cada día cómo su madre se dejaba la piel en sacarles adelante mientras su padre se gastaba todo el dinero en el juego. Habla de su madre con la ternura con que se habla de alguien bueno que dedica su vida a los demás. Una mujer que tenía que ir de madrugada a recoger a su marido al bar y que en una ocasión tuvo que enfrentarse a unos hombres que venían a quitarle el gorrino que tanto llevaban criando, porque su marido lo había jugado.

Tampoco sé si hablar de cómo se le encharcaban los ojos mientras me contaba lo poco que se valoraba de niña y las cosas que llegó a plantearse para acabar con aquella situación. Su niñez, como la de muchas otras, consistió en ayudar a su madre a lavar y a coser, aprendiendo el oficio para el día de mañana.

Dejando a un lado lo triste (que ya hay bastante tristeza en el mundo), creo que me decidiré por contar lo que me dijo después, cuando me habló de su marido, su salvación. Aunque los dos son de pueblos muy cercanos de la provincia de Cuenca, se conocieron en Valencia, una vez que Carmen se había trasladado allí con su familia. Tenía 15 años y la obligación de estar en su casa a las ocho y media, por lo que siempre tenían que dejarse las películas a medias. Ahora ya hace 44 años que están casados, a los que hay que sumarle nueve años más de novios, o como ella dice, de festejar.

Con una clara diferencia en el gesto y en la expresión, Carmen me divide su vida en dos partes: su triste niñez y el resto, que podría llamarse “desde que apareció David”.

Creo que sin duda lo más interesante de la conversación fue cuando me dijo textualmente: “Ahora estoy viviendo”. No hacía falta que me lo dijera, se le veía en la cara. Carmen me dice que le hubiera gustado haber disfrutado de niña tanto como disfruta ahora. Además de dedicar su tiempo a la pintura, el yoga y la escritura creativa, valora lo cotidiano del pasear con su marido por las mañanas o el darse un beso en el ascensor. He de reconocer que esto me sorprendió enormemente, pues por lo general, no se suelen encontrar parejas que lleven tantos años y que sean tan felices. Carmen no se cansaba de decírmelo: “Estoy igual de enamorada que el primer día”. En este momento, David que escuchaba lo que decíamos y algo alagado por lo que acababa de oír, me dice que muchas tardes se tiran horas hablando sin poner la televisión, algo que últimamente no puede decir todo el mundo. Con la experiencia que dan los años me hablan de cómo evitar la monotonía, el aburrimiento y los problemas de convivencia, mediante la mágica fórmula de poner cada uno de su parte.

Sin embargo, lo mejor de nuestro encuentro vino después, cuando yo (como conquense que soy al igual que ellos) les pregunto si vuelven a su tierra con frecuencia. Carmen me dice que no tienen casa en el pueblo y que, además, van siempre que pueden a una casita que se han hecho en el campo, en Valencia. Cambiamos de tema y de repente vuelve a salir Cuenca, como es lógico en nosotros, apasionados de nuestra tierra. Carmen me dice que algunas veces van a un pueblecito cerca de la ciudad donde tienen unos amigos. Primera casualidad: es el pueblo de mi novio. Ya un poco emocionados por los azares de la vida seguimos la conversación y descubrimos que sus amigos son los tíos de mi novio, a los que conocieron de mozos cuando Carmen veraneaba allí sirviendo en la casa de unos señores de Valencia. Casi sin poder creerlo, seguimos contrastando datos como se suele hacer en estos casos en los que uno se queda atónito. Yo, aunque estoy algo habituada a



encontrarme con conquenses emigrantes instalados en Valencia, no salgo de mi asombro ante tanta coincidencia. ¡Qué casualidad y qué alegría! A partir de ahí la conversación se hace más cercana y personal. Hablamos de la poca gente que sabe valorar lo que tiene, de que cada vez se le da más importancia a lo material e incluso acabamos hablando del baile y de lo bonitas que son las verbenas de los pueblos, ahora ya casi perdidas.

Le dimos un repaso a su vida pero también a la mía. Carmen vino a contarme su historia pero surgieron otras mil historias que contar.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Después de 68 años, Carmen ha aprendido que lo realmente importante en la vida es ser feliz. Ha vivido de cerca la crudeza, el dolor y la lucha por seguir adelante, pero ahora todo eso queda lejos. Cuando hecha la vista atrás se da cuenta de que ha sido afortunada porque tiene todo con lo que ha soñado: una familia estu-  
penda que la quiere y la valora.

No le importan los lujos ni quiere grandes comodidades, se conforma con ver crecer a sus nietos y disfrutar de la vida con su marido. A lo largo de su vida ha aprendido a vivir con sencillez, a valorar lo que tiene sin pedir más porque sabe lo que valen las cosas y lo que cuesta ganarlas.

No hay en ella nada de rencor, de frustración ni de arrepentimiento. Carmen ha sabido dejar a un lado lo malo y sacarle el jugo a la vida buscando en las pequeñas cosas. Afronta lo que viene con optimismo y alegría, buscando la felicidad en lo cotidiano, en los pequeños detalles que encuentra a su alrededor.

Carmen sabe disfrutar de la vida y solo quiere cariño, tranquilidad y gente buena a su alrededor.

Vive con una vitalidad arrolladora y para ella siempre hay cosas nuevas que aprender, nuevas diversiones, nuevas alegrías.

Lo más importante que Carmen ha aprendido de la vida es que por muy mal que vayan las cosas siempre puede llegar algo o alguien que te la cambie y te haga feliz.